

da momento más caprichoso ó caprichosa, porque aquello era una condenacion.

Su rostro, como ya hemos dicho, lo conservaba obstinadamente cubierto, y sus modales eran tan bruscos, que parecian afectados; alguna vez desnudó una mano de su guante, y era una mano alabastrina, aristocrática, de una mujer distinguida; pero aquel estirar las piernas, aquellos piés que parecian falúas. . . . esas no eran pertenencias femeninas, era un patan que provocaba mis rencores. . . . Cuando sacaba su pipa, que era rara vez, se le notaba, aunque muy imperceptiblemente, la repugnancia con que apelaba á aquel accesorio de su disfraz. . . . era, no hay duda, una bella lanzada á lo desconocido, en alas del infortunio, é inundada en lágrimas. . . . ¿Era tal vez una jóven que queria ocultarse á las miradas del zelo, y que creia oír tras de sí los pasos de un asesino. . . . era una mujer criminal que envenenó al amante infiel é iba á ocultar su quebranto y sus remordimientos entre el tumulto de las ciudades del Este?

La noche anterior á la en que llegamos á Omaha, en las paradas del tránsito subian y bajaban viajeros sin cesar.

El personaje *comun de dos* se encerró en el cuarto de fumar. . . . yo penetré, en las altas horas de la noche, y permanecimos como dos estatuas.

La luna descolgaba dispersos rayos del borde de una nube lóbrega, el huracan gemia. . . . en la Sierra se veian dudosas claridades sobre la cima de los montes, y se extendian como corrientes de sombra que se precipitaban en las cañadas.

El cuarto de fumar es pequeño y angosto; en el centro hay dos banquillas, una frente á otra, como los asientos de

un coche; en la pared de tabla existe uno como farol incrustado en el carro, que contiene una rojiza lámpara: á los lados de aquella especie de nicho están dos ventanillas del carruaje: una era del misterioso personaje, la otra mia. A cada avance de mi mirada, á cada indagacion, se sustraia el desconocido en la sombra, ó bien pegaba el rostro al cristal del postigo: á mí á veces me parecia que sonreia mujer angélica; á veces que se disponia carretero feroz á descargar-me un puñetazo.

Fingí dormir, y entónces, suponiéndome, él ó ella, distraido, cantó clara y distintamente el "Adios" de Shubert; pero tan sentido, tan hondamente sentido, que me subyugó, me empujó á la region de mis recuerdos más dolorosos, y sentí lágrimas en mis ojos.

Entónces, como de costumbre, recurrí á mi lápiz, y escribí y declamé con toda energía lo siguiente, que puede acomodarse á los compases de aquel canto delicioso:

CANCION.

Alma que mi alma adora
Con íntima pasion,
Por tí doliente llora
Mi triste corazon.

Aislado en mi tormento
Mi voz te aclamará,
Y sin eco mi acento. . . .
En sombras morirá.

Se alzó cual llama pura
 Por tí mi ardiente amor ;
 Mas yo soy noche oscura
 Y tú, radiante sol.

Dulce rayo de luna
 Entre las ruinas fué
 Tu amor, en mi fortuna
 Y en mi hondo padecer.

Sin rumbo y sin abrigo
 En mi dolor te ví;
 Tú fuiste faro amigo
 Del náufrago infeliz.

Yo soy, mi bien, tu templo,
 Mi corazón, tu altar,
 Y tu incienso el más puro,
 Mi férvido cantar.

Fuiste del alma mía
 Las auras y la luz,
 Y el sol de mi alegría
 Tu hermosa juventud.

Un punto cruzó el cielo
 Tu ráfaga fugaz :
 Pasó . . . y en negro duelo
 Por siempre me hallarás.

Ya escucho el tierno acento
 De tu amoroso "Adios :"
 La eternidad horrible
 Los ecos repitió

Adios . . . ! adios ! mi encanto,
 Sangre de mi alma, adios !
 Será eterno mi llanto,
 Como mi eterno amor.

Será mi llanto eterno,
 Eterno mi dolor
 Adios, cielo de mi alma !
 Luz de mi vida Adios !

GUILLERMO PRIETO.

A medida que yo leía, la persona misteriosa desprendía el rostro del grosero *cachenéz* que la cubría y dejaba al descubierto un cuello de cisne, émulo de la nieve herida por el sol . . . ella había comprendido . . . casi era una revelación la que me hizo el *cachenéz*.

Habíamos tocado la estación anterior á Omaha: á los lados del paradero del tren, que despedía luz vivísima, se distinguía una diligencia y varios *bogues*; de uno de estos *bogues* se apeó un arrogante caballero, moreno, de cabello negro, de maneras desembarazadas y ojos negros hermosísimos: detúvose el tren, el jóven saltó y se colocó al pié de la escalerilla del wagon. El viajero *comun de dos*, con la velocidad del relámpago, recogió su saco de viaje y se precipitó fuera del coche; apénas salido, se lanzó á los brazos

del dueño del *bogue*. . . . al hacer este movimiento, se le cayó el sombrero, y una catarata de rizos de oro inundó los hombros y el cuello del jóven de los ojos negros

Yo habia seguido maquinalmente al viajero y estaba estupefacto con la trasformacion quise darme de cachetadas cuando estaba suspendida en los brazos del viajero afortunado, se volvió á mí, y con una sonrisa angélica, me dijo: "Adios, Sr. Prieto! Adios!"

Tan linda! y sabe español Soy un asno, soy un rinoceronte ¡pecador de mí!

A poco se detuvo el tren en Omaha, y miéntras mis compañeros comian, yo apunté en mi cartera:

Omaha: Término del ferrocarril de la Union, está á la orilla occidental del Missouri y al lado del famoso puente que se cita como un grandioso monumento. Es extraordinario el movimiento que se nota por todas partes: vienen á agolparse á nuestro alrededor, ómnibus, coches, quitrines y carros de todos tamaños, para conducir pasajeros, equipajes y efectos. La poblacion, sin embargo, solo tiene diez y ocho mil habitantes. El edificio más notable que percibo por aquí cerca es *Claim House* (Casa de reclamaciones).

En 1854 este era un punto casi desierto: la oficina de correos era el sombrero del administrador, porque en él recogía y despachaba la correspondencia.

La poblacion tiene hoy 18,000 habitantes, y la oficina de correos, así como las del Estado, se encuentran en edificios magníficos.

Al principio los hoteles de Omaha eran de segundo orden; pero se organizó una Compañía y se edificó el Gran

Hotel Central, que puéde figurar, y es mucho decir, entre los buenos hoteles de los Estados- Unidos.

Por todas partes se ven hornos de fundicion; por todas partes hay regada maquinaria; se suceden las fábricas, y la plata y el oro beneficiados se calculan en más de un millon de pesos anuales.

Los principales periódicos que se publican en la ciudad, son: *El Herald*, *La Tribuna*, *El Republicano*, y *La Abeja*. Además, hay un periódico Bohemio, otro Escandinavo, otro Aleman y un Semanario de Agricultura, que goza de merecida nombradía.

Por entre las verdes arboledas que atraviesan en todas direcciones la ciudad, se ven blanquear fábricas y edificios: hay multitud de escuelas, dos institutos, diez y nueve iglesias, cuatro bancos, cuarenta factorías y grandes depósitos de carbon y leña, y almacenes en que se agencian fletes.

Para asilo y proteccion de los emigrantes, se encuentra en este punto un inmenso edificio, en que se les procura, por veinticinco centavos al dia, habitacion y comida.

La Compañía del Ferrocarril de la Union, sostiene en este lugar sus valiosísimas fábricas y se jactan los carroceros de ser este el punto del Oeste en que se construyen mejores wagones.

Sin duda la ciudad fué trazada, previendo que un dia ocupara un lugar eminente entre las mejores ciudades del Oeste.

El trazo la divide en ocho cuarteles, capaces entre todos de contener un millon de habitantes.

En esa proporcion son las plazas y los paseos, de los que algunos son muy frecuentados.

Mis compañeros lamentaban que no hubiésemos tenido tiempo de que viese yo el Puente, que se cita como una verdadera maravilla de la ciencia. En la historia del Puente hace ostentación de su tenacidad y ardimiento el pueblo americano.

Decretada en 1866, se presentaron obstáculos que parecían insuperables, y se suspendió en 1868. En 1870 se hicieron esfuerzos que no dieron resultado satisfactorio; pero en 1871, se autorizó especialmente á la Compañía para continuar, auxiliándole con dos millones y medio de pesos.

El Condado de Douglass, en Nebraska, se suscribió con 250,000 pesos, y con más de 200 el Potawatoma.

Tiene el puente, con las obras adyacentes, una milla de largo, y sus alrededores los forman calzadas y parques que sirven de vistosísimos paseos.

De Omaha tomamos el tren para San Luis Missouri.

—Hémos aquí, me dijo Lorenzo, atrayéndome al cuarto de fumar, en terrenos que serán futuras naciones, porque esta region americana amamanta leones.

Los Estados del Oeste, incluyendo en ellos el Sur, son los proveedores inmensos de la América: de su conjunto surgen destellos de emancipación; su acrecimiento rápido es el anuncio de que está por nacer una gigantesca nacionalidad en esta parte del Nuevo Mundo.

La tierra, herida por la azada del colono, derrama sus mieses con prodigalidad, sin más protección que la del cielo; los grandes depósitos del Oeste llaman á sus mercados á los hombres de todo el globo, y mientras la Europa, en las aguas del Atlántico, la corteja, el Japon y la China le tienden los

brazos sobre la peana de oro que erigió California como un tálamo á la confraternidad universal.

He dicho que no son pueblos sino naciones las que se perciben desde aquí en embrion: el Oregon es más grande que la Inglaterra; Tejas más que la Francia; California más que España.

En estas inmensas zonas que florecen solas bajo un mismo pabellon, se reunen y dan cita los productos todos del globo, y hacen imposible cualquiera exclusion: los artículos favorecidos en un punto dañarian al opuesto, y esto relajaria todo vínculo, convirtiendo en nominal el poder del centro.

Los elementos de vida propios de cada pueblo son tales, que Chicago, propiamente llamada la Reina de los lagos, era apenas en 1830 un punto militar atascado en un pantano.

Hoy cuenta la ciudad 300,000 habitantes.

Se encadenó la ciénega y se le hizo desaparecer bajo cimientos de palacios; en la guarida de la putrefacción y de la fiebre, tendieron sus doseles de ramas los árboles y brotaron las flores; se dirigió la corriente de las aguas á los labios de la capital sedienta, por acueductos que ponen en olvido las inmortales obras de los romanos.

Apénas se anuncia la industria de la *salazon de cerdos*, cuando más de un millon se trasforman en un año en sabrosos manjares.

El cultivo del maíz hace que por millones se cuenten sus rendimientos, y que un frances diga que debería servir de emblema de esa nacionalidad una mazorca, así como Chicago debería dejar su nombre para llamarse Porcopolis, como se denominaba á Cincinatti.

—Sin embargo, dije yo, Chicago aun no se restablece de su último asolador incendio.

—Creo que padece vd. una equivocacion. Chicago está más floreciente que nunca.

Chicago fué presa del incendio la noche del 9 de Octubre de 1871: 17,500 edificios se sepultaron en el mar de llamas.

En 1872, la nueva ciudad había resucitado de entre escombros y cenizas, y contaba 41 bancos y 201 iglesias, 35 grandes hoteles, entre ellos *Palmer-house*, que es de primer orden, calles, plazas, edificios y paseos en mayor número y mejores que ántes del incendio. Chicago, como vd. ha oído, cuenta apenas 47 años de existencia, y su población es de 500,000 almas. Es sin duda el primer mercado del mundo por los granos, el ganado y las viandas saladas. Más al interior, su territorio es como el centro de todos los pueblos bañados por el Atlántico; 17 caminos de fierro conducen á esta gran metrópoli del Illinois; cada línea se esfuerza por conducir á Chicago con mayor baratura y en ménos tiempo que las otras: hoy de New-York á Chicago se hace el camino en ménos de treinta horas y hay 1,600 kilogramos de distancia, es decir, como de México á Chihuahua, poco más ó ménos.

A medida que avanzaba el tren, redoblaba la locomotora sus gritos, prolongándolos más y más, para evitar un choque con los trenes que sin cesar se cruzan.

Los campos cultivados, los ganados, las casas rústicas, los jardines y los carros, anunciaban la proximidad de la gran población de San Luis.

—Es de sentirse, me decía Lorenzo, que no pueda vd. ha-

cer un estudio detenido de esos lugares, en que se verifica la alianza del Mississippi y el Missouri, que traen como en gérmen en sus aguas las mayores riquezas de la tierra.

Inmensas llanuras divididas por fértiles sementeras; las corrientes conduciendo y trasportando pueblos; las trojes henchidas brindando goces al hombre y creces al comercio, y la preponderancia del trabajo presentándose, desde la iniciativa de la colonia con el aventurero con su hacha al hombro, seguido de su familia llena de harapos, hasta el opulento propietario que trasporta el lujo de las grandes ciudades y hace que le rinda homenaje en la tierra, que él, el primero, arrancó á la barbarie, desembarazándola de malezas y ahuyentando con su rifle á los animales feroces.

Al ruido cercano de la locomotora; al traqueteo de fierro de su galopar afanoso; á la vista de las embarcaciones del rio; bajo los hermosos árboles de la quinta opulenta, refieren los ancianos las luchas con los Pielas Rojas, las torturas á que sujetaban al blanco ántes de inmolarlo, y esas escenas de horror y de sangre de los primitivos tiempos del Oeste.

Por lo demás, la historia aun no despliega sus labios de una manera clara y distinta, sobre esos restos de murallas, esos esqueletos de ciudades perdidas en los tiempos, esos residuos de grandes poblaciones que se encuentran en el Ohio, Illinois, la Indiana, Kentucky, Michigan y la Luisiana.

Tocábamos, en estas pláticas, en la estacion de San Luis.

Aunque allí había carruajes, un senador que se hizo muy nuestro amigo en el viaje, nos dijo que el Hotel del Sur, que era el mejor, estaba muy cerca y que podríamos ir á pié.